



MARCELO
BIRMAJER

De los Apeninos a los Andes
La piedra negra

"De los Apeninos a los Andes", de Marcelo Birmajer
Fragmento del capítulo "Tribulaciones de un padre escritor", en *Me gustaba más cuando era hijo*. Puerto de Palos.
© Marcelo Birmajer.

"La piedra negra" de Marcelo Birmajer.
En *El compañero desconocido (diez recuerdos inventados)*, Editorial Alfaguara).
© Marcelo Birmajer

Ilustraciones: Jimena Tello
Diseño de tapa y colección: Plan Lectura 2008
Colección: "Escritores en escuelas"



Ministerio de Educación

Secretaría de Educación

Unidad de Programas Especiales

Plan Lectura 2008

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires.

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/planlectura

República Argentina, 2008

DE LOS APENINOS A LOS ANDES

MARCELO BIRMAJER

Debido a que nos mudamos, tuve que cambiar de colegio a mi pequeño hijo de cinco años. No fue fácil tomar la decisión. Intenté resistir: como los viajes en auto lo marean, propuse a mi esposa llevarlo yo mismo, caminando, hasta su antigua escuela. Si el “Marco” de Edmundo De Amicis caminó de los Apeninos a los Andes para reencontrarse con su madre, ¿por qué no iba a poder yo caminar doscientas cincuenta cuadras con mi hijo a cocolo para salvarlo de la tragedia de cambiar de colegio? Pero mi esposa imaginó la escena: yo, exánime, desmayado; a merced de transeúntes desconocidos.

–Ya sé –grité como una eureka, imbuido de una convicción mística–. Vivimos en una carpa de lunes a viernes, al lado del mismo colegio. Y los fines de semana, volvemos a la nueva casa.

Pero mi esposa sugirió que yo no sería capaz de recordar sacarme las zapatillas cada vez que ingresara en la carpa, por lo que nuestra vida se tornaría un infierno. Y cuando ya estaba dispuesto a pagar la primera cuota del helicóptero, la decisión gubernamental de robarnos nuestros ahorros dio por tierra con la idea.

De modo que había que cambiarlo de colegio.

–Hablale vos –le dije a mi mujer–. Es fácil; explicale que hay cosas mucho peores: terremotos, tiburones. Contale que los que se pierden en el Triángulo de las Bermudas no vuelven nunca más;



mientras que a él, sólo lo vamos a cambiar de colegio.

 Mi mujer escuchó en silencio las propuestas y respondió:

 –Si le hablo yo, le hablo yo.

 Pero no le hablé. Pasaban los días y, en ocasiones, no le hablaba porque estaba a punto de comer y no quería ponerlo nervioso, porque justo le había comprado un juguete nuevo y no quería

arruinar la sorpresa o porque, en ese momento, no lo veía preparado. Cuando me dijo que no le quería dar a las diez de la mañana la noticia para que se fuera a dormir tranquilo, supe que tendría que hablar yo.

Me preparé. Compré títeres, un video no violento de la anterior Europa del este y diversos discos compactos. Me dije que, antes de hablarle, le haría llegar el mensaje en forma indirecta. Subliminalmente, mientras jugaba con su Jedi, yo le hacía



escuchar la canción **Presente**, de Vox Dei: “Todo concluye al fin, nada puede escapar, todo tiene un final, todo termina”. Pero no pareció conmovirlo.

Interrumpía un cuento y le decía:

–Hijo, las abejas nacen, se reproducen y, lamentablemente, mueren. Todo cambia. Creo que las marsopas hibernan, es decir, pasan seis meses sin saludarse. Los osos, seguro. ¿Entendés?

Mi hijo pedía que le siguiera leyendo el cuento, afortunadamente escrito por personas normales...

Cuarenta y ocho horas antes de inscribirlo, mi esposa y yo descubrimos que si no le decíamos la verdad, mi hijo llamaría a sus nuevos compañeritos con los nombres de los anteriores.

–Yo se lo digo –dijo por fin mi esposa.

Lo despertó, porque el pobre dormía, le susurró al oído la terrible novedad y lo dejó seguir durmiendo.

–¿Estás segura de que te escuchó?

–Por supuesto –respondió mi mujer. Y se encerró a llorar en el baño.

Velamos junto a su cama: esperábamos verlo levantarse entre pesadillas, gritando el nombre de su última maestra, intentando aferrarse vanamente a los amados compañeritos, a los que nunca más vería. Por la mañana, cuando lo vimos desayunar en paz, supusimos que el mensaje no le había quedado claro.

–No vas a volver al colegio del año pasado –le dije con la voz trémula de dolor.

–Ya sé –dijo mi hijo con la tranquilidad típica de los negadores, liquidando su chocolatada.

Pasamos las siguientes horas como el reo que aguarda su ejecución. ¿Lloraría en la entrada, se quedaría lívido frente a las caras

extrañas, sería éste el material de los peores conflictos de su futura vida adulta, estaríamos dándole la imagen de que el mundo es vertiginoso e inseguro? ¡Dios mío!

Finalmente, el hombre, mi hijo de cinco años, entró en su nueva escuela.

Todo parece indicar que jugó y conversó con normalidad. No le noté erupciones ni incoherencias. Como siempre, cuando le pregunté cómo la había pasado, me dijo que esas cosas sólo las hablaba con Batman. Le pregunté si había extrañado su antigua escuela.

–No te preocupes, papá –me dijo–. Si querés, un día te llevo a que te despidas de los otros padres.



LA PIEDRA NEGRA

MARCELO BIRMAJER

Otra cosa que me pasaba de chico es que perdía todos los útiles de la cartuchera, y a veces la cartuchera también. Mis padres debían comprarme cada día un nuevo lápiz, una nueva goma o un nuevo compás (¿todavía siguen usando compás y transportador en la escuela?), y una cartuchera por semana. Yo creo que existen ciertas personas cuya atención sólo puede ser atrapada por algunos hechos muy llamativos, y no les queda atención para ninguna otra cosa. Es el día de hoy que sigo perdiéndolo todo: los lentes de sol, el control remoto del televisor, una ojota, los papeles donde anoto las direcciones en los viajes. Por eso, me paso buena parte de la vida buscando. Es curioso, porque por un lado debo buscar objetos -llaves, la agenda, una tarjeta-, pero también busco historias para contar, busco sabiduría en las historias de otros escritores, y busco la verdad. ¿Qué es la verdad? Bueno, cómo debe vivir uno para sentirse completo, qué es el bien y qué es el mal, qué es el alma... En fin. Del mismo modo que no busco una sola cosa material: buscando el control remoto encuentro las llaves, buscando la agenda encuentro la lapicera, etcétera; tampoco busco una sola cosa cuando busco las demás: en busca de una historia puedo encontrar un consejo, o en la persona más inesperada puedo encontrar una buena historia. La actitud del buscador siempre debe ser un poco distraída: no sea cosa que por buscar con demasiada atención

una sola cosa se pierdan muchas otras.

No sé si mis reflexiones les están resultando lo suficientemente claras; de modo que, por las dudas, como siempre, contaré una historia. No necesariamente porque mi historia vaya a dejar del todo claro el asunto de los buscadores, sino porque, si no queda del todo claro, al menos habrán disfrutado de un cuento.

Cierta mañana de enero me hallaba caminando con mi padre por las playas de Miramar. Yo debía tener doce años. Como mi piel nunca se ha llevado bien con el sol, acostumbraba pasear por la playa a horas muy tempranas: siete y media u ocho de la mañana, para poder disfrutar del mar y el cielo a pleno sin convertirme en un piel roja. El mar en las primeras horas del día es un espectáculo distinto: las aguas son plateadas, y la espuma es más blanca. El cielo es de un celeste discreto, como si estuviera apareciendo por primera vez. La brisa marina es fría, pero es un frío hospitalario. Mi padre caminaba silencioso, con las manos entrecruzadas tras la cintura; y yo zigzagueaba entre los restos de las olas y la arena húmeda. De pronto, mi padre se detuvo y vi que su mirada se clavaba en un punto de la arena húmeda. Incluyó apenas la espalda y recogió algo del suelo. Me lo mostró.

Era una piedra negra. Una piedra ovalada como un camafeo, reluciente y lisa. Era tan negra que parecía la matriz del color negro, el modelo del que se había partido para luego ir distribuyendo los matices del negro por el resto de los objetos.

Mi padre me mostró la piedra.

–Tal vez no haya ninguna piedra como ésta en todo el mundo –dijo–. Está aquí tirada, y a nadie le interesa. Pero tal vez sea la piedra más negra del mundo, y tal vez no haya ninguna otra piedra igual. En ese caso, valdría más que el oro.

Yo extendí la mano para que depositara allí la piedra negra; pero mi padre, con una agilidad que pocas veces le he visto, llevó su brazo y su mano hacia atrás y lanzó la piedra más allá de las olas, al centro del mar.

Desde entonces, busco la piedra negra. Cuando buscaba los útiles, cuando busco el control remoto, cuando busco una buena historia o cuando busco la verdad, busco la piedra negra. ¿Y qué significa la piedra negra? Lo sabré si alguna vez la encuentro.

Marcelo Birmajer

Nació en Buenos Aires, en 1966. Es escritor, co-autor del guión cinematográfico “El abrazo partido”, ganador del premio al Guión Inédito en el Festival de Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana 2002 y del Oso de Plata en Berlín 2004, del premio Clarín al mejor guión y mejor película, y seleccionada por la Academia argentina de cine. parra competir en los Oscar. Ha ejercido el oficio de redactor y colaborador en más de un cincuentena de medios gráficos de habla hispana. Entre otros, ha publicados artículos y cuentos en la revistas Fierro, La Revista (del diario La Nación), Viva (del diario Clarín) y Página/30; en los diarios Clarín y Página/12; y en los diarios españoles el ABC, El País y El Mundo. Escribe semanalmente en la revista Ya, del diario chileno El Mercurio. Algunos de sus libros han sido traducidos al alemán, al italiano, al holandés y al portugués. Fue honrado con el premio Konex 2004 como uno de los cinco mejores escritores de la década 1994-2004 en el rubro Literatura Juvenil.

¿Querés leer más de este autor?

Un crimen secundario (novela, 1992), *El alma al diablo* (novela 1994), *Fábulas salvajes* (1996), *El fuego más alto* (cuentos, 1997), *Ser humano y otras desgracias* (cuentos, 1997), *Historias de hombres casados* (cuentos, 1999), *No tan distinto* (novela 2000), *Tres mosqueteros* (novela, 2001), *Nuevas historias de hombres casados* (cuentos, 2001) y *Últimas historias de hombres casados* (cuentos, 2004).

¿Querés saber más de este autor?

http://www.imaginaria.com.ar/13/1/birmajer_lecturas.htm
www.leer.org.ar



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA



cfce
Consejo Federal
de Cultura y Educación